

## *Un lugar en el tiempo: el futuro*

POR

JOAN F. MIRA

Tal día como hoy, diecinueve del mes de abril del año mil novecientos noventa y siete, estamos aquí, en una ciudad de los Pirineos, hablando de las cosas que hablamos, de siglos, utopías y milenios, precisamente porque todos creemos firmemente en la existencia de los días numerados, de los meses por orden y de los números de los años que se suceden y acumulan. Así, podemos contar los días que faltan para un año que tendrá el número 2000, ver que son ya muy pocos y suponer que ese año con el número 2000 “se acerca”, en efecto, aceleradamente; o bien imaginar que somos nosotros, viajando hacia adelante por el camino del tiempo, quienes nos acercamos a ese año de cifra tan redonda como quien se acerca a un punto quilométrico fijado en un mojón o cartel y sabe que no se quedará allí; sabe que pasará adelante y que el año o punto 2000 se quedará inmóvil en su lugar, será él mismo un punto fijo en el pasado. Todo esto parece casi infantil, de tan obvio, y sin embargo no lo es: *parece* que estas cosas del tiempo y de sus siglos y milenios *son* así, por su propia naturaleza, y no podrían ser de otro modo. Pero la realidad es que por su propia naturaleza no son de ninguna manera, y por lo tanto pueden ser de muchos modos diferentes. Ahora bien, si estamos aquí hablando de todo esto es porque *nuestro modo* de construir el tiempo en línea, como una carretera con un quilómetro cero, se ha convertido en una manera universal. Y esto es una gran novedad para la especie humana: jamás había ocurrido que las cuentas del tiempo (y las del espacio: quilómetros, mapas, cartografía, meridianos y globo terráqueo con rayas y colores) fueran las mismas para todos. A las 24 horas del año numerado 1999 o cero horas del 2000, parece que en todos los rincones del planeta habrá gran fiesta y jolgorio: de Hong Kong a Miami y de París a Singapur, ya están reservados los mejores hoteles y restaurantes para la gran noche. Y, sin embargo, es todo una fantasía proyectada a los cuatro puntos cardinales, un invento nacido en un rincón de la Europa medieval, unas cuentas que sólo valen si acordamos –por ninguna razón– que el arbitrario valor del año cero es bueno para todos. De hecho, pretender que un solo año cero es válido para todos los pueblos y gentes de la tierra –eso que se ve tan “natural” ahora– es en realidad una idea fantástica, tan atrevida que es casi impensable: ¿a qué chino antiguo, egipcio, griego, romano, o pueblo del mar, la montaña o la selva, se le hubiera ocurrido? Se les ocurrió en un cierto punto a los judíos y por tanto a los cristianos y por tanto a los musulmanes después: a alguien que había desarrollado una imagen del sentido lineal de la historia del mundo, con su tramo central o

final en la misma historia humana. Es decir, como un tiempo comenzado remotamente en la creación, con algún punto central definido por la revelación o el “descenso” del Creador y un punto final o de consumación del proyecto. De manera que nuestro tiempo, el año “en que” vivimos y la visión de los años pasados y futuros en un orden de números, tan aritmético y objetivo y natural como parece, sin embargo es un tiempo perfectamente sobrenatural, metafísico y divino.

Y todo ello no deja de ser curioso, pues cuanto más secular, tecnológico y supuestamente racional es el conjunto del mundo, quiero decir de los pueblos y sus relaciones, más asumido como propio y universal se hace un sentido y un cómputo del tiempo que es del todo arbitrario y tiene un sentido rigurosamente religioso. Tan curioso como el doble sentido de la misma palabra *siglo* y *secular*: el sentido temporal, periódico, y el sentido de “mundo” y “mundanal”, entendiéndose por *mundo* aquello que está fuera del más estrecho círculo o espacio religioso: vivir fuera de este círculo es vivir en el “mundo” o en el “siglo”. Es decir, en aquel espacio que se mueve, mientras su punto de referencia permanece inmutable. Es el lema y emblema de los monasterios cartujos: *Stat Crux, dum volvitur orbis*, y en efecto en su escudo hay un globo que se supone que gira y, encima, fija, la cruz. Así pues, el mundo gira y da vueltas (aunque, si el lema es de tiempos de san Bruno, para mí es un pequeño misterio que los cartujos vieran la tierra como una esfera que gira, siglos antes de Copérnico), pero hay un punto divino, clavado en el mundo, que ocupa su centro y es inmóvil. Para llegar a esta visión, que en realidad es la nuestra y ya, externamente y “objetivamente”, la de todos, hubo que recorrer un largo trecho, a lo largo del cual, en nuestra propia tradición occidental, quedaron al margen otras formas de ver el paso del tiempo y el paso de la humanidad, sin punto cero clavado en el centro y por tanto sin el “paso” de siglos y milenios.

Vuelvo al principio: nada es tan “natural” ahora mismo, y nada tan universal y compartido, como el hecho de “vivir” todos en *el mismo día, mes y año*, es decir, vivir con fecha fija y común, todos en el mismo punto de una secuencia: postrimerías del *segundo* milenio, finales del siglo *veinte*, año 1997. Y, sin embargo, vivir en un año fijo (y mucho más: pensar “naturalmente” que todo el planeta “está” en el mismo año) es algo original, insólito y raro en la historia de las sociedades humanas. A Tucídides que es mi “padre de la historia” preferido, más que Heródoto, no se le hubiera ocurrido tal cosa: *nosotros*, ahora, no él entonces, ponemos fechas y años (años “antes de Cristo”, evidentemente) a su *Historia de la guerra del Peloponeso*. Ni Tucídides ni ninguno de los griegos pensó nunca en “situar” en tal año de tal siglo los hechos narrados: los situaban en términos de proximidad o lejanía respecto a otros hechos próximos o conocidos y basta. Eventualmente hacían referencia al arcontado ateniense, como los romanos al año

del consulado (quien no tuviera buena memoria, podía consultar el archivo del Capitolio), y en tiempos helenísticos se puso de moda contar según una hipotética –y retrospectiva– cronología de los cuatrienios olímpicos, como más tarde los romanos contaban *ab urbe condita*. Cosas, una y otra, que no pasaron demasiado de ser un rasgo formal y erudito: la gente de la calle ni se enteraba. Para nosotros, ahora, es *inevitable* situar a Tucídides, Heródoto, Aristóteles o Polibio en el siglo V, IV o III (a. C.). Para ellos, era *imposible* pensar en ese siglo o en cualquier otro: no pudieron nunca verse como nosotros los vemos ni atribuirse en “la historia” y en el tiempo el lugar que nosotros inevitablemente les asignamos. Quizá san Agustín *ya podía* un poco y desde luego santo Tomás y los escolásticos medievales podían ya, definitivamente, verse en el punto del tiempo en que nosotros los vemos: el “punto cero” ya estaba consolidado, el curso del tiempo era lineal, añadiendo años, décadas y siglos, y Tomás de Aquino podía saber que había nacido en el año milésimo bicentésimo vigésimo quinto y que después de su muerte vendrían muchos años en el mismo orden lineal hasta que el Señor de la historia, no los hombres, decidiera que ya era bastante.

Pero cuando Tucídides escribe su narración no puede pensar en un orden lineal de años, dentro del cual tendrían un espacio los hechos narrados: su historia o la de Polibio o más tarde la de Tácito o Tito Livio no tiene lugar “de tal año al año tal” de ese orden lineal, que en sí mismo es externo a los hechos humanos. Por lo tanto, y entre otras cosas, ni los griegos ni los romanos podían esperar la “llegada” de un año que acabara en un número bien redondo, en cien o en mil, para celebrarlo o temerlo como el final de un período o el inicio de otro. La historia de los griegos, la “historia del tiempo”, puede ser vista como periódica, pero en un sentido completamente diferente: en primer lugar, porque es una repetición de hechos equivalentes que son producto de la naturaleza humana; y en segundo lugar porque, en larguísimos períodos cósmicos, *todo* cumplirá un ciclo y volverá a empezar. Tucídides, en su célebre “introducción y método”, afirma que una de las razones que le han movido a escribir es que su historia pueda servir para las generaciones futuras, puesto que hechos y condiciones semejantes volverán a repetirse *katà tà anthròpina*: según son las cosas humanas. Y las “cosas humanas”, en todo caso, no caminan hacia la perfección ni hacia algún final que Alguien ha definido: la historia no es, por tanto, para los griegos, una evolución *hacia* ninguna parte. No está hecha de acumulación, etapas y progreso, sino de repetición. Como máximo, cuando el presente sea visto como “mejor” que el pasado, lo será solamente en términos de poder de Roma republicana, que define precisamente la superioridad de su narración por ser una *historia katholiké*, en la cual el poder de Roma sobre “toda la tierra habitada” es el signo de que los tiempos han llegado a una madurez antes no conocida. O sea, lo que ahora diríamos “el final de la historia”: se llegó al *orden universal* y se acabó todo. Que es como, en cierto modo, lo vieron durante mucho tiempo los romanos: no se veía qué podía haber después ni cómo podía terminar el

presente y convertirse en algo diferente y nuevo. Un romano "milenarista" (esperando la llegada de un año o de un hecho final, previsto y decisivo) o un romano pensando la historia en forma de siglos que avanzan y de etapas hacia un futuro más perfecto también hubiera sido una contradicción en sus propios términos. Si pensaba así, *aún* no era verdaderamente romano o *ya* no lo era.

En realidad, el tiempo lineal a partir de un punto cero (que ya es la única manera como la humanidad moderna puede entender la historia) es un concepto que, para nosotros, tiene su origen en la narración bíblica del origen del mundo: Dios, que, como insistía san Agustín, está fuera del tiempo, crea el cosmos a partir de la nada y en ese instante pueden comenzar a contar los años. Hay un punto *alfa*, un inicio preciso, que puede además ser calculado, como hicieron los bizantinos en el siglo VII fijando en el año 5509 a. C. el principio de la "era de la creación" o como la era judía, cuyo año inicial, basado en diferentes cómputos sobre el texto bíblico, comienza el 3761 a. C. Sin la idea de un acto concreto de creación, no hay punto cero ni inicio de los tiempos. Y sin inicio de los tiempos no hay tampoco progreso ni final: de hecho, sin esta forma de pensar el pasado no existe tampoco un futuro como culminación de todo el proyecto divino. El "final de los tiempos" es por tanto el punto *omega* que cerrará algún día, necesariamente, la línea recta que comenzó con el punto *alfa*. Es en esta visión lineal donde se sitúa el nuevo punto cero que introduce el cristianismo: un acontecimiento fundador y decisivo —tan decisivo como la renovación de la historia y de la raza humana que significa la venida de Cristo— que difícilmente hubiera podido situarse en el tiempo difuso y sin expectativas de los griegos o los romanos. Eran los judíos quienes esperaban la llegada de un hecho concreto y transcendental, una "venida", en su relación con el Dios eterno, y alguien dijo: "ese momento ya ha llegado, y partir de este punto la historia adquiere toda su plenitud". De tal manera que todo el tiempo anterior es un tiempo que explica esa llegada, a partir de la creación, la caída y la necesidad de redención, y todo el tiempo posterior será una maduración progresiva hasta la segunda "bajada" de Dios a la tierra. En todas las versiones gregorianas o clásicas del Credo, el momento más alto, el que se canta de modo más recogido y lírico, son las palabras *descendit de coelo, et incarnatus est ex Maria virgine, et homo factus est*. Cuando el Dios creador baja del cielo, se encarna y se hace hombre, todo comienza de nuevo y ese momento se convierte en el punto central entre el inicio primero y la consumación final de los tiempos medievales, una "era hispánica" o de Augusto, de origen incierto, al lado de la ya general de la Encarnación. No hay duda de que es esta idea de fundar un tiempo nuevo, o de reinaugurar la historia, con un hecho decisivo y definitivo, la que ha inspirado algunas pequeñas "eras" modernas, tan efímeras como llenas de soberbia: la era republicana en Francia, que duró del 1792 al 1806, o la era fascista y sus tristes imitadores hitlerianos o franquistas.

Lo que resulta hasta un cierto punto sorprendente, vista la lentitud e irregularidad de su difusión durante tantos siglos, es la absolutización que después—durante los tiempos que llamamos modernos y contemporáneos— hemos hecho de aquel *punto cero*, no ya como hecho central de una historia humana vista en términos de proyecto divino, sino como fundamento de una cronología universal y como *única* manera, no divina sino práctica y humana, de expresar el tiempo “nuestro” y también todos los tiempos: *todo* tiene lugar, para nosotros, tantos años o siglos después de Cristo o tantos antes de Cristo y no hay más manera universal de entenderse. Por supuesto que todo ello no pasa de ser un efecto de la expansión colonial y cultural europea (y es también en el centro de esa expansión, durante el siglo XVIII, cuando se comienza a contar regularmente también hacia atrás, en forma de siglos y fechas “antes de Cristo”). Precisamente, por eso es una cosa tan nueva y tan original que ahora mismo, a punto de cumplirse el segundo milenio de la encarnación o nacimiento de Cristo, prácticamente *toda* la humanidad esté llena de una expectativa concreta o difusa, mientras que en el momento del primer milenio, cuando llegaba el año 1000, fue tan poca la gente, aun dentro del mundo cristiano, para quien ese año tuvo algún sentido especial. O que ni siquiera llegaran a saber que “ese año” se acercaba, llegaba y pasaba.

Mi impresión es que los famosos “terrores del año 1000” fueron algo muy reducido en extensión y en intensidad. Quizá cosa de “algunos monjes franceses”, como lo expresa más de un historiador, o una cosa que llegó también, a través de los sermones, a algunos sectores limitados de la feligresía. En todo caso, difícilmente pudo ser un fenómeno general y común a toda la cristiandad, ni siquiera a la europea occidental, cuando la fijación de las fechas, los años y los números era todavía tan restringida y tan incierta: hace ahora mil años, ¿cuánta gente *sabía* que “estaba viviendo” en el año 997 y que faltaban dos años o uno o apenas unos días para la llegada de un supuestamente fatídico año 1000? Sobre esta experiencia histórica tan mínima hemos construido después, mucho después, nuestras especulaciones sobre milenios, milenarios y milenarismos. Con un considerable abuso del vocabulario, en este último caso: como si cualquier expectativa de grandes cambios unidos a grandes señales pudiera relacionarse con los supuestos terrores apocalípticos de aquel casi inexistente año 1000. También existe otro “abuso de vocabulario”: que la palabra *apocalipsis*, que originalmente significa “descubrimiento” o “revelación” (revelación escatológica: sobre las cosas últimas y el final de los tiempos) haya pasado a ser, en el lenguaje más común, algo próximo o equivalente a cataclismo o catástrofe. Y que *cataclismo* y *catástrofe*, a su vez, hayan adquirido un sentido de “destrucción total” que no es en absoluto el que tenían originalmente.

Si todo esto tiene alguna explicación, seguramente hay que relacionarla con el hecho de que el “final de los tiempos”, tal como lo imaginan los profetas en la

Biblia (sobre todo Isaías) y tal como lo “revela” o descubre san Juan en su libro, no está tan lejos, después de todo, de la visión cíclica y pesimista presente entre los griegos o los persas. En el sueño de Nabucodonosor, interpretado por el profeta Daniel (y escrito en época helenística), aparece la célebre imagen del gigante de cabeza de oro, pecho de plata, vientre de bronce, piernas de hierro y pies de barro... y la piedra milagrosa que golpea los pies y destroza el gigante entero, mientras que ella misma se convierte en montaña que llena toda la tierra. La imagen es, en el fondo, la misma de las cuatro edades de la humanidad —de oro, de plata, de bronce y de hierro— tal como aparece en *Los trabajos y los días* de Hesíodo y fue después de uso común. La degradación de los metales expresa una visión de la evolución (“involución”) humana desde una edad dorada primigenia, feliz y sin trabajos ni dolor, hasta una edad contemporánea llena de violencia y de muerte. Y al final, en Daniel pero no en Hesíodo, la destrucción y el orden nuevo. Por otra parte, puede que fuera en Babilonia, país de Nabucodonosor y de su sueño, donde tuviera origen la idea de los ciclos cósmicos y el eterno retorno, pero fue en la lengua griega donde encontró el vocabulario que para nosotros es significativo: el camino *cíclico* o en forma de rueda, el *período* o recorrido de los planetas, el gran “año cósmico” a lo largo del cual se producirá el retorno o restauración de las constelaciones y el “nuevo nacimiento”, *palingenesis* o recreación de todos los seres y todos los sucesos. Este año cósmico, a su vez, está dividido en dos grandes estaciones, invernal y estival, que culminan respectivamente en un diluvio general o gran inundación, *kataklysmós*, y en un incendio universal, *ekpyrosis*. En cuanto a *catástrofe*, es algo más o menos equivalente a *revolución*, es decir, la vuelta o giro de las cosas, que parece inevitablemente asociada a la destrucción de lo que ha llegado al final de su ciclo.

Con todo ello, con mitos y con palabras, el tiempo judío y cristiano, progresivo, lineal y limitado, de la alfa a la omega, no pudo llegar a escaparse (en el pensamiento común, fuera de la teología) de las imágenes cíclicas y “catastróficas”, de la rueda y vuelta al origen, el eterno retorno, la edad de oro y el futuro como decadencia y retroceso. No hablo tanto del pensamiento sistemático, teológico o filosófico como de la visión común, de las metáforas activas, de la poesía, de los usos del lenguaje que revelan el fondo de las imágenes que expresan: el “futuro” no como ascenso hacia la perfección y el progreso o preparación para el juicio y el final de los tiempos, sino como retorno a los orígenes o como catástrofe regresiva. La primera visión del futuro (un futuro siempre lejano para la mayoría, no para las “sectas”, que cultivan expectativas inminentes) corresponde a la visión moderna o a la visión cristiana o a las dos juntas y combinadas: la humanidad avanza hacia alguna condición mejor, en este mundo o en el otro o en los dos. La segunda visión, tan presente a pesar de todo, es la visión “antigua”, pre-moderna y también pre-cristiana: todo volverá atrás, inevitablemente, todo progreso es hueco y falso y se derrumbará algún día no lejano. Una película tan

significativa de las últimas décadas como *2001, odisea en el espacio* es sobre todo una alegoría del gran ciclo de la historia humana: el futuro brillante, la expresión más avanzada del conocimiento y de la experiencia y madurez de los hombres se resuelve en un regreso al estado embrionario y a los gestos y gritos inarticulados de los primeros homínidos. Pero quizá es aún más significativa la abundancia de films que retratan un futuro, próximo o no muy distante, en que la humanidad simplemente ha regresado a una vida de violencia extrema y de barbarie, en sociedades más o menos orwellianas o simplemente bestiales: el futuro como vuelta a o caída en alguna forma de horror primitivo. No sé si esta visión anti-utópica, pesimista, de utopía negativa, es tan extensa y popular desde hace algunos años por la proximidad del “paso del 2000” (quizá sí: la odisea y regreso de aquella película emblemática tenía lugar justo el 2001), pero ciertamente ello juega un papel, al lado de la aceleración de tantos cambios sin tiempo de sedimentarse o de la percepción del futuro como lleno de incertidumbres y amenazas nuevas y universales (que es una percepción de hechos reales, en definitiva: nunca antes hubo nada como la amenaza nuclear o los peligros para el medio ambiente, por ejemplo).

El hecho, en todo caso, es que ahora, a finales de *nuestro* siglo XX, vuelve a extenderse la percepción de un tiempo no lineal (no “tiempo de salvación” o “hacia la salvación”) sino cíclico y retro-spectivo, de mirada hacia atrás. Como si, en la imaginación, en el proyecto, o en alguna forma de la historia reciente, hubiéramos estado *ya* en el futuro y resultó que no era un buen lugar para vivir. Hubo proyectos de acercar un “final de los tiempos” definitivamente cerrado y “feliz”: el milenio implacable del nazismo, el “paraíso comunista” o la fe en una imprecisa “modernidad” como remedio eficaz de todos los males. Y los proyectos se resolvieron en el horror, la inhumanidad o la simple decepción. De tal manera que la única *utopía* positiva, sin tiempo ni lugar precisos resulta ser la recuperación de los aspectos más aprovechables y humanos de un tiempo pasado o, mejor dicho, recuperar un ideal de armonía y vida “natural” que se supone que “antes” existió y “ahora” hemos perdido. Un poco, quizá, a la manera como pensaban los estoicos antiguos, pero ¿quién se acuerda de ellos? ¿Quién se acuerda de los antiguos, ahora que ha resultado tan incómodo y peligroso ser modernos?